



Javier Hurtado,
Gerente de Estudios CChC.

CAMBIO CLIMÁTICO: *DISCURSO Y REALIDAD*

El cambio climático –entendido como alternaciones del clima a un ritmo mayor que el habitual a consecuencia de la acción del hombre, asociada particularmente a la producción de gases de efecto invernadero– está cada vez más presente en la agenda internacional como un tema de la máxima relevancia.

Sin embargo, las noticias al respecto no son alentadoras, pues dan cuenta de dos aspectos muy difíciles de conjugar. Por una parte, el informe del World Energy Outlook evidencia que si seguimos creciendo tal como lo hemos venido haciendo hasta ahora, la concentración de gases de efecto invernadero debiera superar los niveles que se estiman deseables. Pero, por otra, también es un hecho que para ajustar nuestros consumos energéticos –de modo de mantener la concentración de gases de efecto invernadero dentro de estos niveles–, se requieren cambios importantes en las matrices energéticas mundiales a costos muy significativos. Estamos hablando nada menos que de centenas de trillones de dólares a invertir en las próximas décadas.

Este último dato es probablemente el responsable de que no se hayan logrado

nuevos acuerdos vinculantes asociados a la problemática del cambio climático desde la aprobación del Protocolo de Kioto, el que, por lo demás, se hace cargo de una porción del problema, ya que Estados Unidos nunca lo ratificó y los países que sí se comprometieron a reducir sus gases de efecto invernadero sólo son responsables de una fracción de las emisiones totales de éstos.

El hecho es que tanto en Copenhague (2009), Cancún (2010) y Durban (2011) no se lograron nuevos acuerdos vinculantes, salvo un compromiso inicial de prórroga del Protocolo más allá del 2012 y el establecimiento de una hoja de ruta para un acuerdo global a futuro, lo que claramente es insuficiente a juicio de todos los actores involucrados. Es más, luego de la reunión de Durban se supo que Canadá había decidido retirarse del Protocolo de Kyoto, al igual que Rusia.

Si a lo anterior se agrega la crisis financiera por la que está pasando Europa, así como el bajo nivel de crecimiento y el alto déficit fiscal de Estados Unidos, lo más probable es que se restrinjan considerablemente los recursos fiscales para subsidiar cambios en las matrices energéticas y las políticas públicas de esos países y se concentren en impulsar el crecimiento económico que necesitan a todas luces para salir de sus estados actuales.

Todo esto debiera traer como consecuencia que baje el tono y la urgencia del debate en torno al cambio climático y, en particular, que se vuelva menos prioritaria la necesidad de alcanzar nuevos acuerdos

vinculantes para hacerle frente. Más allá de los discursos y de las casi siempre buenas intenciones que los motivan, será la dura realidad de la crisis económica y los planes de ajuste la que se imponga en el mundo, al menos en el corto plazo.

Por otra parte, todo indica que este cambio obligado de enfoque traerá aparejada una nueva amenaza y que consiste en que los países que han invertido grandes sumas de dinero para hacer frente al cambio climático, en especial los europeos, consideren que ante la falta de acuerdo entre los países –que distribuya más equitativamente los costos de seguir avanzando en esta materia–, opten por proteger sus economías mediante restricciones al comercio internacional, utilizando la huella de carbono bajo el argumento de competencia desleal. Hace algunos días fuimos testigos de una primera demostración de que se tratará de imponer esta lógica, cuando el Tribunal de Justicia de la Unión Europea sentenció que todos los vuelos internacionales que operen en el Viejo Continente deberán pagar por cada tonelada de gases de efecto invernadero que generen.

De más está decir que esta estrategia será apoyada por movimientos ciudadanos y ambientalistas, aun cuando ello signifique la imposición de barreras comerciales que afectarán la competitividad de naciones como la nuestra, con una bajísima incidencia en el cambio climático, pero una alta necesidad de crecer y desarrollarse para, sobre todo, acabar cuanto antes con el flagelo de la pobreza.